

Apuntes para un análisis epistemológico de algunos problemas de la psiquiatría contemporánea*

Santiago A. Levín¹

1. Médico psiquiatra, UBA. Doctor, Facultad de Medicina, UBA. Docente Autorizado, Depto. de Psiquiatría y Salud Mental, Facultad de Medicina, UBA. Presidente de la Asociación de Psiquiatras Argentinos (APSA).

E-mail: santiagolevin@gmail.com

Resumen

El artículo consta de dos partes. En la primera se hace una presentación general de la epistemología y sus principales corrientes. En la segunda, se propone un análisis de algunos problemas de la psiquiatría contemporánea desde el punto de vista de la epistemología.

Palabras clave: Epistemología - Psiquiatría.

NOTES REGARDING THE EPISTEMOLOGICAL ANALYSIS OF SOME PROBLEMS IN CONTEMPORARY PSYCHIATRY

Abstract

The paper has two parts. The first part offers a general presentation of Epistemology and its main currents. The second part explores an analysis of some problems in contemporary psychiatry from an epistemological viewpoint.

Key words: Epistemology - Psychiatry.

Este artículo fue publicado por primera vez en *Vertex, Revista Argentina de Psiquiatría* 2010, XXI (91): 263-273. Se reproduce aquí su versión original revisada por el autor.

* En 1998 –hace 12 años– aparece en el N° 14 de la revista *Clepios* un artículo de Norberto Conti llamado “¿Qué es la ciencia hoy? Una aproximación a la epistemología contemporánea” (4), que en nuestro medio fue un trabajo pionero en el proyecto de introducir la perspectiva epistemológica en la reflexión cotidiana del psiquiatra. El trabajo que aquí se ofrece está escrito con idéntico propósito y pretende ser una continuación de aquel.

PRIMERA PARTE: EPISTEMOLOGÍA

Introducción general

La mención del vocablo *epistemología* suele provocar fastidio en el psiquiatra contemporáneo, quien supone –y en general está en lo cierto– la proximidad de un tipo de reflexión crítica que interroga y desequilibra más de una certidumbre. Existe una suerte de *deseo-de-no-ser-molestado-con-complicaciones-innecesarias*, típico de nuestra época, tozudez de la que todos los psiquiatras debemos hacernos cargo¹. El estilo arrogante y cierta pedantería de algunos escritos epistemológicos no hacen más que reforzar esta resistencia, cerrándose así el círculo vicioso.

Es necesario superar este lamentable malentendido, que nos cierra las puertas a la discusión sobre el conocimiento, sobre sus posibilidades e imposibilidades, sus fundamentos y determinaciones, y que constituye uno de los aspectos más apasionantes de nuestra disciplina, la psiquiatría. Se trata, por otra parte, de un tipo de conocimiento accesible a cualquiera que lo transite, haciendo propio el derecho a la reflexión filosófica, que ha ido quedando en manos de los “expertos” como consecuencia de un empobrecedor proceso histórico que Norberto Conti denomina *desfilosofización* del psiquiatra contemporáneo (6).

Filosofar es reflexionar sobre nuestra humanidad. Y así como nuestra humanidad es nuestra –de cada uno y de todos– así también lo es la filosofía. De tal modo que cualquier psiquiatra puede detenerse a reflexionar acerca de los fundamentos de su disciplina. Desde luego que no lo hace en soledad: todo pensamiento está lleno de voces, de ideas leídas, escuchadas, compartidas, rechazadas, admiradas, transformadas: la reflexión crítica se preña cuando se transforma en una empresa colectiva.

La larga lista de autores indispensables desalienta al interesado. Quienes dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo laborable a la atención de pacientes, nos decimos, jamás podremos adentrarnos en este terreno. Falso. Iremos de a poco pero avanzando, como en la fábula de Esopo. Haremos un recorrido propio, heterodoxo tal vez, condicionado por la escasez de tiempo, pero no por eso menos significativo. No pretenderemos ser epistemólogos, sino sencillamente psiquiatras clínicos que acudimos a la epistemología en búsqueda de ayuda para iluminar zonas oscuras.

La clínica necesita ser regada con el agua de la teoría (vecina de la reflexión crítica) para mantenerse viva y seguir dando frutos. Y los clínicos somos seres dobles –tomo prestada la idea del historiador Paul Veyne²–. Cuando hacemos clínica necesitamos algunas certezas: desde el escepticismo extremo la clínica se torna imposible, y peor aún, inútil, porque deja de ayudar al que consulta. Pero antes y después del momento clínico vie-

ne el de la reflexión –esta idea es de Lía Ricón–. Y allí sí, bienvenida la incertidumbre, madre de las nuevas ideas.

En épocas de crisis de paradigma científico en salud mental (32, 33) –para decirlo más claro: de crisis *de* y *en* el conocimiento–, la búsqueda de los fundamentos se hace más necesaria que nunca. Trabajamos junto a seres humanos que sufren, y todos los días nos volvemos a preguntar *qué* es ser humano, cómo somos, reaccionamos, enfermamos. Cómo conocemos, aprendemos, memorizamos, olvidamos. Qué quiere decir mi paciente cuando dice lo que está diciendo. Qué son el amor, la tristeza, la felicidad, la libertad, la identidad. Por qué la muerte.

Y eso, dejemos de lado los pudores, es filosofía. Y dentro de ella, la reflexión acerca de los fundamentos del conocimiento científico –que determina parte de nuestra labor como psiquiatras– es la epistemología, o filosofía de la ciencia.

La epistemología. Primera aproximación

A principios del siglo veintiuno, la epistemología “puede generar las más diversas interpretaciones acerca de sus alcances y fines” (4). En efecto, no sólo hay diferencias importantes entre diversas corrientes de pensamiento, sino que persiste la discusión sobre los alcances del término *epistemología*.

Veamos primero el problema de la definición, para luego hacer un breve recorrido histórico y terminar con un panorama actual.

Para Gregorio Klimovsky, “la epistemología es el estudio de la estructura, validez y producción del conocimiento científico” (16, pág. 31). Agrega que debe diferenciarse de la gnoseología (o teoría del conocimiento), que incluye además el problema de la fundamentación de *todo* el conocimiento humano, científico o no. En la tradición anglosajona, el término “epistemología” abarca la totalidad de la teoría del conocimiento, mientras que para los autores “continentales” (Europa excepto Gran Bretaña) se restringe al conocimiento científico. La distinción no es menor y genera confusiones, por lo que conviene prestar atención al alcance que cada autor le da al término.

La misma distinción hacen Lecourt en su *Diccionario del pensamiento médico* (24, pág. 430) y Lalande en su *Vocabulario de la filosofía* (20, pág. 293).

La gran mayoría de los autores utiliza como sinónimos *epistemología* y *filosofía de la ciencia*.

Veremos más adelante que no alcanza con estas definiciones, que hoy por hoy se revelan insuficientes. La epistemología se ha ido transformando, y subsisten en la actualidad retazos de concepciones de diferentes etapas de este proceso. Vayamos paso a paso. Para entender un poco más el derrotero que ha seguido esta rama de la filosofía, venga un poco de historia.

1- No es la psiquiatría el único campo del conocimiento que tiende a cerrarse a los cuestionamientos. Cualquier disciplina lo hace y lo ha hecho, la filosofía incluida. Después de todo, quienes las llevan adelante no son más que personas que viven su época y que manejan, conciente e inconscientemente, creencias, intereses y mezquindades. En suma, limitaciones.

2- “El escéptico es a la vez un observador, fuera de la pecera, a la que pone en duda, y uno de los pececillos rojos. Un desdoblamiento que en modo alguno ha de considerarse trágico” (36, pág. 14).

Un poco de historia

Como la epistemología estudia la ciencia, su nacimiento es, necesariamente, posterior. Si la ciencia, en un sentido amplio, comienza en los siglos XVI y XVII, la epistemología propiamente dicha –como rama específica de la filosofía– surge en los comienzos del siglo XX, cuando entra en crisis la infalibilidad del discurso científico moderno. “[...] no es casual que justamente para la misma época en que comienza la crisis de la ciencia moderna, comience también la reflexión sobre ella, es decir, la epistemología. [...] La filosofía comienza a reflexionar sobre lo ya acaecido y crea un nicho teórico para pensar sobre aquello que comienza a perder su verdor” (10, pág. 17).

La era moderna comienza en la segunda mitad del siglo XV, siendo sus fechas convencionales de inicio la caída del imperio bizantino (1453) o el “descubrimiento” de América (1492), aunque es recién en el siglo XVII cuando termina de consolidarse la modernidad propiamente dicha. Se deja atrás la larga noche de la edad media (siglos V al XV), diez siglos bajo el imperio del principio de autoridad, “donde la única verdad es la verdad revelada (en las sagradas escrituras o en la obra de Aristóteles), y sus únicos administradores son aquellos elegidos y ungidos por la religión” (12). La ciencia –ese nuevo y revolucionario modo de conocer el mundo– se constituye en uno de los paradigmas de la modernidad. Es tentador pensar en el nacimiento de la ciencia moderna como una reacción frente al oscurantismo medieval, que mantuvo –por la fuerza– a la creatividad humana en una milenaria hibernación. El nacimiento de la ciencia, recalamos, acompaña el inicio de la era moderna. Dejamos para los entendidos la discusión acerca de si se trata de una causa, de una consecuencia, o de ambas cosas a la vez.

Haremos otra distinción imprescindible, esta vez entre epistemología e historia de la ciencia, dos disciplinas íntimamente entrelazadas pero diferentes. La primera, decíamos, nace formalmente a principios del siglo pasado, cinco siglos más tarde que la ciencia. Por otro lado, los antecedentes históricos sobre los que se apoya la ciencia moderna son muchos, algunos provenientes de la antigüedad clásica. Precisamente por retomar ideas y autores antiguos, explícitamente soslayados durante el milenio medieval, es que el Renacimiento toma su nombre. De modo que cuando hablamos, para explicar de dónde viene la epistemología, de pensadores como Platón, Aristóteles, Epicuro, Aquino, Descartes, Locke, Hume, Kant, Stuart Mill, y tantos otros, estamos en el terreno de la historia de la ciencia y no –hablando con propiedad– en el de la epistemología. La historia del pensamiento científico es sin dudas apasionante, del mismo modo que lo son algunas figuras históricas clave, como Leonardo Da Vinci –símbolo del Renacimiento–, o algunos momentos fundacionales como el experimento de Galileo en el año 1589, desde la torre inclinada de Pisa, sobre la velocidad de caída de los cuerpos de distintos pesos y formas.

Veamos un poco más en profundidad qué queremos decir con esto de “historia”. Existe una noción ingenua pero muy extendida, probablemente sembrada en nues-

tra educación primaria, acerca de qué es la historia. Más que ingenua deberíamos decir anticuada: una historia que consiste en la mera sucesión de hechos. Sin discutir qué significa un *hecho* en historia ni quién lo selecciona como tal, concebimos la historia como aquello que sucedió en el pasado, ordenado en forma cronológica. Damos por sentado que desde siempre el ser humano fue como es hoy, como somos nosotros, y que la percepción y comprensión del pasado ha sido siempre homogénea y constante. Como dice Halett Carr, uno de los historiadores más importantes del siglo XX, “la creencia en un núcleo óseo de hechos históricos existentes objetivamente es una falacia absurda, pero difícilísima de desarraigar” (3, pág. 16).

Pero la ciencia histórica es moderna y su construcción no se lleva a cabo sino a partir del siglo XIX, como demuestra Châtelet (8, págs 23 y siguientes). ¿Significa esto que el ser humano nunca se preocupó por su pasado sino a partir del 1800? Por supuesto que no. Lo que esta afirmación indica es que a partir del siglo XIX la comprensión del pasado se transforma en ciencia, y supera la “mera curiosidad por el pasado” para aspirar a saber “cómo y por qué el mundo ha llegado a ser lo que es hoy y hacia dónde va” (15, Prefacio).

¿Para qué introducir estos asuntos, en apariencia ajenos al interés de este artículo? Para intentar comprender que con la modernidad se produce un cambio sorprendente en el *modo de ser* humano. No se trata sólo del fin de la edad media, como si los períodos históricos fuesen equidistantes estaciones de tren; se trata más bien de una profunda transformación del modo de concebir el mundo y la propia humanidad. Se trata del nacimiento del humanismo, que retoma el antiguo humanismo griego del siglo de oro. El nacimiento de la ciencia es un aspecto de ese trascendente proceso.

Se justifica, por su gran claridad y profundidad, una extensa cita de Eric Hobsbawm. “Las palabras son testigos que a menudo hablan más alto que los documentos. Consideremos algunos vocablos que fueron inventados en el período moderno, en un lapso no mayor a sesenta años. Entre ellos están *industria, industrial, fábrica, clase media, clase trabajadora, capitalismo y socialismo*. Lo mismo podemos decir de *aristocracia* y de *ferrocarril*, de *liberal* y *conservador*, como términos políticos, de *nacionalismo, científico, ingeniero, proletariado, crisis*. [...] Imaginar el mundo moderno sin esas palabras (es decir, sin las cosas y conceptos a las que dan nombre) es medir la profundidad de la revolución producida entre 1789 y 1848 [período que abarca la doble revolución: la revolución francesa y la revolución industrial británica], que supuso la mayor transformación en la historia humana desde los remotos tiempos en que los hombres inventaron la agricultura y la metalurgia, la escritura, la ciudad y el Estado” (15, pág 9).

Llegamos ya al puerto que buscábamos. Los cuatro párrafos anteriores cumplen la función de apoyo de lo que sigue. Entre las transformaciones profundas que introduce la modernidad, está la aparición de la subjetividad (2, pág. 17), que modifica la relación del hombre

con el mundo. “Conocer la realidad, *la cosa* de la filosofía [...], lograr las condiciones de posibilidad de tal propuesta, fue motivo de preocupación constante a través de la historia. La ciencia resolvió esa dificultad especulativa, esa imposibilidad fáctica de apresar las esencias, mediante la transformación [...] de las “cosas” (reales) en objetos de conocimiento, transformación propia de la subjetividad” (*op. cit.*, pág. 18).

Entre la invención de la imprenta de tipos móviles (siglo XV) y la Revolución Francesa (siglo XVIII) se produce también el nacimiento de la idea de *progreso*, es decir, la noción de que el ser humano puede encaminarse hacia un futuro mejor. Un futuro mejor *producido por el hombre*, superando la noción medieval del destino en manos de la divina providencia. Esta noción de *progreso* se va perfeccionando hacia el siglo XVIII, formando parte del ideario de la Ilustración así como del capitalismo y de la ciencia moderna. “Sintetizando cabe decir que, hasta principios del siglo XVII, los obstáculos a una teoría conciente del progreso siguen siendo determinantes; de 1620 a 1720 aproximadamente, la idea de progreso se afianza, pero esencialmente en el ámbito científico; después de 1740 el concepto de progreso tiende a generalizarse y se difunde en los campos de la historia, la filosofía y la economía política. Durante este período los inventos son los que favorecen más o menos, con avances y retrocesos, el surgimiento de la noción de progreso, empezando con la imprenta, después el nacimiento de la ciencia moderna con sus episodios más espectaculares, el sistema copernicano, la obra de Galileo, el cartesianismo, el sistema de Newton” (22, pág. 210).

Haciendo una breve recapitulación podemos decir que con la modernidad se produce un cambio profundo en el modo de ser humano. La filosofía se va apartando progresivamente de la influencia religiosa. Se retoman pensadores de la antigüedad, y con ellos se revaloriza la razón como facultad humana formuladora de principios (alejándose del principio de autoridad medieval), y se la utiliza como herramienta del conocimiento. El objetivo del hombre renacentista es el conocimiento y gobierno de la naturaleza, comenzando un período de crecientes descubrimientos e invenciones, de clasificaciones de la naturaleza y de nuevas teorías. Hay un mundo por descubrir, y la imprenta de Gutenberg se transforma en polea de transmisión de un fenómeno novedoso: la difusión en gran escala del libro. Se producen profundos cambios en las artes y las técnicas, en el modo de producción e intercambio de bienes. Comienza la lenta aparición de la clase burguesa, de relevancia capital en lo que luego será la Revolución Francesa de 1789, y se inicia el camino hacia la Revolución Industrial, también en el siglo XVII. Se crean las Academias de Ciencias (34, pág. 22). Progreso, conocimiento, ciencia. Un complejo y apasionante período histórico que va a culminar en la segunda mitad del siglo veinte, y que tiene a la ciencia como factor determinante, causa y producto histórico al mismo tiempo.

Corrientes en epistemología

A grandes rasgos, las corrientes epistemológicas contemporáneas pueden dividirse en dos: las *internalistas*, y las *externalistas* (4). La clasificación no deja de ser arbitraria pero resulta útil a la hora de comprender desde dónde se construye sentido en epistemología, vale decir, qué se privilegia y qué se soslaya al construir los criterios que definen los límites de la ciencia y de la *verdad científica*³.

La posición internalista sostiene una definición más bien cerrada de la ciencia (cerrada sobre sí misma), que pone el acento en su estructura interna. Desde siempre hemos escuchado decir que “ciencia es la disciplina que respeta el método científico”, método esquematizado en unos pocos pasos bien definidos, al estilo de una receta de cocina. Las corrientes internalistas son tributarias de un tipo de reduccionismo conocido como *cientificismo*. Marí lo explica con estas palabras: “La posición científica es en la teoría una de las más típicas posiciones dogmáticas que se consuma en dos pasos: la asimilación del pensamiento racional con el pensamiento científico y la posterior asimilación del pensamiento científico con las teorías físico-naturales” (28, pág. 46). En la siguiente sección haremos referencia al positivismo lógico, máxima expresión contemporánea de este modo de concebir la ciencia.

La corriente externalista, de surgimiento posterior –a partir de la década del '60 del siglo XX– sitúa a la ciencia como un discurso social e históricamente determinado, por lo tanto cambiante, y relativiza la noción de verdad científica como inmutable y esencial. A diferencia de lo que algunos críticos, aún hoy, sostienen, la ciencia así concebida no pierde valor como generadora de conocimiento capaz de motorizar el progreso de la civilización humana. Por el contrario, permite situar a la producción científica en un período histórico, determinada por los múltiples atravesamientos que experimenta: políticos, sociales, culturales.

Se desprende a simple vista que estas dos corrientes, tal vez irreconciliables, constituyen nítidos posicionamientos políticos. Veremos más adelante que esta distinción es imprescindible para analizar uno de los problemas más notables y complejos de la ciencia contemporánea: su utilización por parte del sector de capital como discurso indiscutible, como argumento de venta, y en definitiva como mercancía.

Es obligatorio aclarar que el panorama que se presentará a continuación no es exhaustivo. La intención ya fue enunciada: ofrecer al lector no iniciado una primera aproximación al campo de la epistemología.

El positivismo lógico

Con este nombre se conoce a una corriente epistemológica (representada por el Círculo de Viena) que termina de cristalizar en la segunda década del siglo veinte, pero

3- Para una mejor comprensión de este tema son importantes las nociones de historia interna e historia externa de la ciencia. Dos epistemólogos del siglo XX (Thomas Kuhn e Imre Lakatos) sostuvieron un célebre debate a propósito de esta distinción. En *Elementos de Epistemología Comparada* (1990), de Enrique Marí (28), pp. 68 a 103, puede encontrarse una excelente reseña del mismo.

que reconoce raíces en el positivismo de Comte (primera mitad del siglo XIX) y, más atrás aún, en la tradición empirista iniciada por Francis Bacon (siglo XVII).

Podemos considerar al positivismo lógico como una rama del inductivismo, es decir, aquella posición que sostiene que se puede arribar a conclusiones generales a partir de observaciones particulares. Los positivistas sostienen que el conocimiento científico se origina en los hechos de la experiencia, partiendo de la observación, y que *no es necesaria una teoría previa a la observación*. Esto diría un inductivista (7, pág. 11): “El conocimiento científico es conocimiento probado. Las teorías científicas se derivan, de algún modo riguroso, de los hechos de la experiencia adquiridos mediante la observación y la experimentación. La ciencia se basa en lo que podemos ver, oír, tocar, etc. Las opiniones y preferencias personales y las imaginaciones especulativas no tienen cabida en la ciencia. La ciencia es objetiva. El conocimiento científico es fiable porque es conocimiento objetivamente probado”.

El contexto político y cultural en el que surge el positivismo lógico no será discutido aquí, pero podemos decir casi al pasar que hasta la propia física –la ciencia para un positivista– comenzaba ya a alejarse de los postulados positivistas cuando aparecen la teoría cuántica y la teoría de la relatividad de Einstein. Varios pensadores de la época influyeron en el Círculo de Viena, a pesar de no formar parte de él (o de tomar, más adelante, distancia del mismo). Entre ellos podemos mencionar a Bertrand Russell y a Ludwig Wittgenstein en su primera época. Varios autores consideran a este último como uno de los filósofos más influyentes del siglo XX. A pesar de haber sido estudiado inicialmente por los positivistas –y de haber quedado ligado a este movimiento, al menos históricamente–, el pensamiento de Wittgenstein trasciende esta corriente y merece ser estudiado por separado.

Entre los primeros críticos de esta corriente de pensamiento se cuentan el vienés Karl Popper y el francés Gastón Bachelard, quienes ya en la década del treinta alertaban (cada uno a su manera, por cierto) sobre los límites y aporías de este tipo de pensamiento.

¿Por qué dedicar tanto espacio al positivismo lógico, si decimos que sus fundamentos fueron puestos en cuestión casi desde su mismo nacimiento? La epistemología ha continuado evolucionando, transformándose y enriqueciéndose, gracias a la crítica y el aporte de numerosos autores (que no nombraremos para no apartarnos de la línea argumental de este artículo). Intervinieron la filosofía, la antropología, el pensamiento marxista, la sociología (que luego funda una nueva corriente, la sociología de la ciencia), la lingüística, el propio psicoanálisis... Hasta el punto actual en el que, más allá de reconocer su importancia histórica y una determinada función de época, nadie defendería la visión positivista de la ciencia.

Y sin embargo...

Y sin embargo, el positivismo continúa vivo y en plena actividad, aunque ha cambiado de cara y a veces pasa desapercibido. En nuestro terreno podemos desenmas-

carlo principalmente en dos planos. Por un lado, en el plano médico, camina junto a nosotros sin que nos percatemos, ubicándose justo en nuestro punto ciego. Y es que el positivismo ha sido central, fundamental, en el nacimiento de la medicina moderna, que pone el acento en la mirada (la observación, piedra de toque del inductivismo). La medicina ha atravesado impertérrita el siglo XX, mientras que casi todas las disciplinas científicas entran al siglo XXI⁴ sustancialmente modificadas. La medicina sigue siendo el reino de la mirada. La profunda herida que supuso la teoría freudiana, que deriva el acento hacia la escucha, hacia la palabra, no ha logrado torcer esta poderosa inercia. El énfasis en la metodología, típico de la medicina actual, reconoce también su origen en el positivismo al sobrevalorar la observación y la metodología, es decir, al partir de casos individuales para arribar, vía inducción, a conclusiones generales. El pretendido “ateorismo” del DSM-IV puede agregarse a esta lista (comentaremos sobre el particular en la segunda parte del artículo).

En el otro plano, en el social, vemos al positivismo agazapado detrás de la afirmación de que tal o cual cosa están “científicamente probadas”. Basta hojear cualquier diario, repasar cualquier publicidad de medicamentos, para entender hasta qué punto el vocablo “ciencia” ha pasado a constituir una estrategia de venta. Y sólo el positivismo hablaría de pruebas definitivas, de conocimiento cierto, acabado. Para decirlo en pocas palabras (retomaremos el tema): el discurso positivista es funcional al interés de quienes transforman a la ciencia en una mercancía, y el sello de “científico” es el que garantiza que lo que se compra es infalible, y por ello *no tiene precio*.

El falsacionismo de Popper

Karl Popper (1902-1994), autor de la corriente denominada *falsacionismo*, fue uno de los primeros críticos del positivismo lógico. Su obra tuvo una notable influencia en el siglo XX en lo que se refiere a la (cambiante) concepción acerca de qué es ciencia. Tome en cuenta el lector que el falsacionismo es también conocido con el nombre de método hipotético-deductivo.

En contraposición con el positivismo lógico, el falsacionismo sostiene que la observación es guiada por la teoría, y que no es posible *verificar* una teoría (criterio de cientificidad del positivismo) sino sólo *falsarla*, siguiendo el camino de la deducción –que va de la teoría a la observación– y no de la inducción –que va de la observación a la formulación de leyes y teorías–. El cometido de la ciencia no debe ser, entonces, el de verificar sino el de desafiar las teorías mediante la observación y la experimentación. Las teorías que no superen estas pruebas deben ser descartadas y reemplazadas por otras. “La ciencia progresa gracias al ensayo y al error, a las conjeturas y refutaciones. Sólo sobreviven las teorías más aptas. Aunque nunca se puede decir lícitamente que una teoría es verdadera, se puede decir con optimismo que es la mejor

4- Nos referimos en particular al cuerpo conceptual y no a los múltiples e indiscutibles avances científico-médicos que caracterizaron al siglo XX: antibióticos, vacunas, genética, farmacología, imagenología, etc.

disponible, que es mejor que cualquiera de las que han existido antes” (7, pág. 59).

Dos tipos de crítica ha recibido esta corriente epistemológica. Por un lado, críticas de orden lógico: para el falsacionismo, una hipótesis es falsable si existe un enunciado observacional incompatible con ella, pero resulta que los enunciados observacionales *dependen de la teoría y también son falsables* (ver el ejemplo de Chalmers, tomando la teoría copernicana en 7, pág. 99).

Por el otro, se critica el internalismo, es decir, la definición de ciencia a partir de su metodología, de su estructura interna, como si se tratase de un conocimiento puro, depurado de toda influencia externa e independiente del contexto histórico.

Cabe mencionar a uno de los críticos –pero a la vez continuador– del falsacionismo, también inscripto en la corriente que denominamos internalista: el húngaro Imre Lakatos. En verdad, Lakatos toma algunos elementos de Popper (razón por la cual algunos lo definen como un falsacionista sofisticado) y otros de Kuhn (ver más adelante), con los cuales construye su concepción de las teorías como estructuras organizadas, un intento por superar las objeciones ya mencionadas al falsacionismo.

La escuela de Frankfurt

Entre otros autores, pertenecieron a esta corriente Max Horkheimer, Theodor Adorno, Herbert Marcuse, luego Jürgen Habermas y aún otros. Desde una perspectiva marxista, con apoyaturas en Hegel, Kant y en el propio Freud, polemizaron tanto con el positivismo lógico como con el falsacionismo.

En conjunto (los matices individuales son importantes) sostuvieron que no existe modo de representación de la realidad que se pueda hacer sin tener en cuenta –como elemento principalísimo– las condiciones generales impuestas por el sistema capitalista.

Es importante tener presente que el objetivo de esta corriente de pensamiento (que para muchos no constituyó una escuela debido a las diferencias teóricas entre algunos de sus participantes) excede el marco de la epistemología: su pretensión era la de construir una teoría sociopolítica crítica que reactualizara las ideas de Karl Marx. Pero la postura de algunos de los autores mencionados acerca de qué cosa es la realidad y de qué modo podemos captarla ha tenido (sigue teniendo, en las voces de Habermas y de Apel, entre otros) importante gravitación en las discusiones sobre la definición y alcances de la ciencia. Una vez más, en estos últimos dos autores, vemos la influencia del ubicuo Wittgenstein.

Thomas Kuhn y la estructura de las revoluciones científicas

La publicación, en 1962, de *La estructura de las revoluciones científicas*, marca un verdadero cambio en la comprensión del conocimiento científico. Aparece por

primera vez en la saga de la epistemología la dimensión histórica, la concepción del científico situado en una época –su época histórica–, en un contexto que lo determina. La ciencia así concebida deja de ser acumulativa y universal, regida por indiscutibles normas y procedimientos lógico-matemáticos y pasa a ser una producción social que emerge desde su propio basamento histórico.

Kuhn postula que la ciencia no “avanza” en forma recta hacia adelante sino que evoluciona de modo discontinuo, presentando crisis y reformulaciones separadas por períodos de mayor estabilidad y consenso (ver 21, pág. 45-56, y también 6, 19, y 36). Es central, en la propuesta de Kuhn, la noción de *paradigma científico*, entendido como el conjunto de ideas que durante un período de tiempo proveen de problemas y de soluciones a una determinada comunidad científica. Denomina períodos de *ciencia normal* a los períodos de estabilidad del paradigma científico. El paradigma provee los límites de lo cognoscible, define los límites de lo captable: no se percibe lo que no está previsto por el paradigma –interesante propuesta, claramente alejada de la posición positivista–. Con el paso del tiempo comienzan a aparecer anomalías en el paradigma, que poco a poco lo van debilitando hasta que se produce una *crisis de paradigma científico*. Un nuevo paradigma viene a reemplazar al anterior. Kuhn postula que los paradigmas son incommensurables entre sí, esto es, que no son comparables punto por punto porque constituyen modelos sustancialmente diferentes de la realidad.

A pesar de las críticas que suscitó la propuesta kuhniana (algunas respondidas por su propio autor en trabajos posteriores), su importancia para la comprensión de la ciencia como producto histórico-social es indiscutible. En el terreno de la psiquiatría, Georges Lanteri-Laura es autor de un texto indispensable: *Ensayo sobre los paradigmas de la psiquiatría moderna* (21), que utiliza el marco propuesto por Kuhn para analizar críticamente el nacimiento y desarrollo de nuestra especialidad. Lo mencionaremos más adelante.

La sociología de la ciencia

La perspectiva de la sociología de la ciencia es sumamente interesante y enriquecedora⁵. Por diversos motivos ha recibido poca atención en nuestro medio (con “nuestro medio” me refiero tanto a nuestro país como a la psiquiatría en general y también a la producción en lengua castellana).

Uno de los aspectos novedosos de esta línea de pensamiento, como lo señala Jonathan Potter (30, pág. 33), “ha sido la amplia colaboración interdisciplinaria que se ha dado entre sociólogos, filósofos e historiadores de la ciencia, psicólogos, lingüistas y analistas literarios”.

La sociología de la ciencia, a diferencia de la epistemología “clásica”, no pone el acento en la estructura interna del conocimiento científico sino en los modos de producción de los grupos que se dedican a la ciencia.

5- Se recomienda especialmente la lectura del Estudio Preliminar, escrito por el sociólogo argentino Pablo Kreimer, que precede y presenta el libro *La fabricación del conocimiento de Karin Knorr Cetina* (17).

En sus inicios, la sociología de la ciencia se ocupó de dos cuestiones: 1) cómo se organiza la ciencia como institución social para que los científicos produzcan hechos “objetivos” con cierta regularidad, y 2) qué factores sociales pueden dar lugar a la producción de errores científicos.

Los pioneros trabajos del sociólogo estadounidense Robert Merton, padre de la sociología de la ciencia, se centraron en el estudio de las condiciones sociales concretas que permitieron la aparición de la ciencia moderna. Ya es ampliamente conocida su propuesta de que fue la ética puritana del siglo XVII, que sostenía valores tales como el utilitarismo, el empirismo, el individualismo y la racionalidad, la que prepara el terreno en el que aparece la ciencia⁶.

Merton se propuso “«bajar» el nivel de análisis de las grandes corrientes que predominaron hasta la década de 1940 –funcionalismo, marxismo– y que pretendían explicar a la sociedad «en su conjunto». Concentrarse en la ciencia como institución le permitió, en un espacio acotado, desarrollar las *teorías de alcance medio* y proponer innovaciones conceptuales (la operación de una estructura normativa *ad hoc*, o la identificación de funciones manifiestas y latentes) que en un nivel macro hubieran sido difíciles de observar” (18, pág. 13).

A fines de la década de 1970 la sociología de la ciencia da un giro y se aleja de su fundador. Un pequeño grupo de investigadores decide estudiar a los científicos en su lugar de trabajo (en sociología esto se denominó estudio microsocio de laboratorios de investigación científica). Una de ellos, Karin Knorr Cetina, publica luego *La fabricación del conocimiento* (17), texto que introduce importantes innovaciones en el modo de concebir la ciencia y el trabajo de los científicos. El epígrafe elegido por la autora para abrir el texto (de la escritora inglesa Dorothy Sayers) es elocuente: “Señor mío, los hechos son como las vacas. Si se los mira fijamente a la cara, generalmente se van”.

Desde luego, la sociología de la ciencia critica la postura positivista que sostiene una correspondencia lineal entre los hechos y la captación racional de los mismos por parte del observador. Algunos representantes de esta corriente (posteriores a Merton, entre ellos la citada autora) sostienen que el conocimiento *se fabrica*, se construye. Y se propone estudiar los modos en que esto sucede y las condiciones que permiten (y dificultan) esta fabricación, perspectiva conocida como constructivismo. “El conocimiento será bajado abruptamente del santuario en el que había estado depositado, y será asimilado por la mayor parte de los sociólogos al rango de *creencia* y, como tal, comparable –en sus versiones más radicales– a cualquier otra creencia social. Así, el conocimiento es concebido como el resultado de relaciones sociales que deben ser explicadas, con prescindencia del valor de verdad que las creencias tengan” (18, pág. 17).

¿Por qué ocuparse de la ciencia? Knorr Cetina responde: “las culturas epistémicas son culturas que crean

y garantizan el conocimiento, y la primera institución de conocimiento a lo largo del mundo es, aún, la ciencia” (18, pág. 12).

La sociología de la ciencia es un campo que permanece activo y a cuya producción los psiquiatras deberíamos prestar un poco más de atención.

Un poco de Foucault: verdad y poder

Es conocida la amplia influencia de las ideas del historiador francés Michel Foucault en diversas áreas y dominios del pensamiento contemporáneo.

En un hermoso libro sobre su amigo y colega Foucault, Paul Veyne describe con enorme poder de síntesis el contexto conceptual de su obra (36, pág. 14): “*Primo*, el objetivo último de la historia humana, más allá incluso del poder, de la economía, etc., es la verdad [...]. *Secundo*, el conocimiento histórico, por su parte, si pretende llevar hasta el final su análisis de una época dada, debe llegar, más allá de la sociedad o de la mentalidad, a las verdades generales en las que las mentes de la época en cuestión se hallaban encerradas sin saberlo, como peces en una pecera”.

Seguiremos algunos pasajes de *Verdad y poder* (13, pág. 139-156), texto de 1978 que sintetiza el pensamiento de este autor en el área que nos ocupa. Dice Foucault: “El problema no reside en dividir lo científico (verdadero) del resto, sino en ver históricamente cómo se producen efectos de verdad en el interior de discursos que no son en sí mismos ni verdaderos ni falsos”. Sostiene que la verdad no está fuera del poder ni sin poder, y que cada sociedad tiene su régimen de verdad y su “política general” de verdad.

Esta “política general” de verdad hace que algunos tipos de discurso funcionen como verdaderos o falsos, regula el modo mediante el cual se sancionan unos y otros, determina las técnicas y procedimientos que están valorizados para la obtención de verdad y otorga el estatuto (en este caso, de científicos) a quienes están a cargo de decir lo que funciona como verdadero.

Foucault distingue cinco rasgos de la política general de verdad en nuestras sociedades: 1) La verdad está centrada sobre la forma del discurso científico y sobre las instituciones que lo producen; 2) La verdad está sometida a una constante incitación económica y política (ambos necesitan “verdad”); 3) Es objeto de una inmensa difusión y consumo; 4) Es producida y transmitida bajo el control dominante de grandes aparatos políticos y económicos, y 5) Provoca debates políticos y luchas ideológicas diversas.

Frente a este panorama, propone correr el eje de discusión de ciencia/ideología a verdad/poder. “El problema esencial no es criticar los contenidos ideológicos que estarían ligados a la ciencia, o hacer lo posible para que la práctica científica esté acompañada de una ideología justa, sino saber si es posible construir una nueva política de la verdad”.

6- Nótese el parecido entre esta tesis de Merton acerca del surgimiento de la ciencia y la similar –y anterior– propuesta de Max Weber en relación al surgimiento del sistema capitalista en su famoso libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, publicado en el año 1905.

Menudo desafío, del que el autor de estas líneas se declara partidario. Desafío que sólo podrá ser acometido colectivamente. Ya hemos aprendido que no se trata de admirar, pasivamente, el pensamiento “esclarecido” de eruditos y de “expertos” sino de pensar lo no pensado desde la red que constituimos como grupo humano.

Entonces, ¿de qué hablamos cuando hablamos de ciencia?

No pretenda el lector hallar una respuesta definitiva. A las limitaciones de quien escribe se suma la dispersión de respuestas que ofrecen los que han pensado seriamente el tema.

Preguntémosle a Alan Chalmers, epistemólogo que proviene de la física, medurado, a medio camino entre los internalistas y los externalistas. Hacia el final de su conocidísimo libro (7, pág. 230), dice: “En particular, no hay una categoría general de «ciencia», ni tampoco un concepto de verdad que esté a la altura del proyecto de describir a la ciencia como una búsqueda de la verdad. Toda área del conocimiento debe ser juzgada por sus propios méritos, investigando sus fines y el grado en que es capaz de cumplirlos. Además, los juicios sobre los fines estarán a su vez relacionados con la situación social”. Chalmers se propone combatir lo que llama *ideología de la ciencia*, muy similar a lo que unos párrafos más arriba llamamos *cientificismo*, citando a Enrique Marí.

La filósofa argentina Esther Díaz propone el término “posciencia”. “Las leyes científicas inmutables y universales pretendían encerrar lo caótico dentro de los límites de una objetividad intemporal. Sin embargo, en el siglo XX la ciencia ha debido aceptar la inestabilidad, el azar, la indeterminación, los procesos irreversibles, la expansión del universo, la discontinuidad, la evolución de las especies, las catástrofes, el caos, así como el estudio riguroso de los sistemas simbólicos, del inconciente y de los intercambios humanos” (11, pág. 18). Y más adelante: “El volumen histórico, que ayer nomás ocupaba la ciencia moderna, es ocupado hoy por la posciencia. Es decir, por un conocimiento sólido dependiente de la técnica y potenciado a la vez por ella. La invención de la informática –que nació como tecnología– da cuenta de un cambio epistémico fundamental. El conocimiento, hoy, no necesita validarse a partir de un metadiscurso (por ejemplo, el kantiano, en la modernidad) para afirmarse cognoscitiva y socialmente. Se valida, más bien, a partir de su eficacia. Sin olvidar que la eficacia se mide con parámetros económicos establecidos por quienes manejan las leyes; pero no tanto las leyes jurídicas, morales o científicas sino más bien las leyes del mercado multinacional” (10, pág. 35).

En una palabra, definir hoy por hoy qué es ciencia es meterse en terrenos polémicos. Algunas cosas, sin embargo, pueden afirmarse con bastante seguridad. Sí está claro que una disciplina científica debe tener un objeto de estudio, un campo delimitado de jurisdicción, un método de generación de conocimiento (que varía de una disciplina a otra), una terminología técnica propia y unas formas consensuadas de validación. La lengua española

no es una ciencia; la astronomía sí. También está claro que el conocimiento científico es un producto social, y por lo tanto está históricamente determinado. No avanza linealmente, en forma acumulativa, sino que atraviesa crisis y reformulaciones. Su producción de verdad (científica) es siempre discutible, transitoria y polémica. También está claro que vivimos en una “cultura epistémica” –como la llama Knorr Cetina– en la que la ciencia es la principal institución de conocimiento (se la define como se la define). Como tal, es aprovechada por el sector de capital, transformada en mercancía y generadora de enormes ganancias económicas. En este sentido, vale la pregunta de a quién pertenece la ciencia. A quién el acervo de conocimientos de nuestra civilización. Al servicio de quién debería estar la ciencia. Preguntas, nada más.

Las cosas han cambiado mucho desde el lejano siglo XVII, pero nos atrevemos a afirmar que más estable que el concepto de ciencia ha sido y sigue siendo lo que podríamos llamar el espíritu científico, que no es privativo de los hombres y mujeres de ciencia –y que puede verse en casi todos los niños pequeños antes de ser troquelados por la educación formal. Me refiero a la actitud de asombro y curiosidad frente a lo desconocido, de admiración y sobrecogimiento frente al cosmos, la vida, la inmensidad, la inteligencia humana, la finitud y la eternidad, la locura, el amor. Pienso en el rostro sereno y maravillado de un Carl Sagan mirando al cielo estrellado en la serie televisiva Cosmos, o en la valorización de esta “actitud de asombro” que hace Ilya Prigogine en varios de sus escritos. “Lo más maravilloso de la naturaleza es que nosotros podamos, en parte, comprenderla”, decía Albert Einstein.

SEGUNDA PARTE: ALGUNOS PROBLEMAS EPISTEMOLÓGICOS DE LA PSIQUIATRÍA CONTEMPORÁNEA

En esta segunda parte abordaremos brevemente cuatro aspectos de nuestra psiquiatría contemporánea que merecen un análisis desde la epistemología. Es claro que la lista no es exhaustiva (ni pretende serlo): se trata más bien de una muestra rápida, una especie de croquis a mano alzada, con la esperanza de hacer un mayor desarrollo en un futuro trabajo. Los “problemas” que presentaremos a continuación tienen, como se verá, distinta jerarquía y relevancia, que no ha de deducirse por el orden en que serán presentados.

Estatuto científico de la medicina (y de la psiquiatría)

Dividiremos este apartado en tres partes, cada una precedida de una pregunta.

¿La medicina es una ciencia? Hay varias formas de responder esta pregunta, pero escogemos el modo directo: no, la medicina no es una ciencia. La medicina tiene un objeto de estudio, un campo delimitado de acción, pero no construye conocimiento científico sino que se vale de él, tomándolo de las “verdaderas” ciencias (biolo-

gía, física, química, psicología, antropología, etc.). Georges Canguilhem define a la medicina como “una técnica o arte situado en la encrucijada de muchas ciencias, más que como una ciencia propiamente dicha” (1, pág. 11). Existen quienes hablan de “ciencias de la salud”, pero preferimos seguir al epistemólogo francés y su interesante definición topológica, que ubica a la medicina en una rotonda artesanal, rodeada de varias ciencias. Muy similar es la posición de Lantèri-Laura, en este caso hablando de la psiquiatría⁷, cuando sostiene que ésta no es una ciencia, “no porque se reduzca a una simple fantasía sino porque constituye, desde hace decenios, en la medicina occidental, un conjunto articulado de datos semiológicos y clínicos, correlacionados entre sí y, sin dependencia jerárquica, con un grupo de disciplinas heterogéneas, como la anatomía, la neurofisiología, el psicoanálisis y la psicología experimental” (21, pág. 52).

¿Qué importancia tiene que la medicina sea o no una ciencia? ¿Por qué se repite una y otra vez esta pregunta, en facultades, artículos y ensayos? Ya dijimos en la primera parte de este trabajo que de los diversos discursos sociales, el científico es el que goza de mayor prestigio –mucho se ha escrito sobre esto, y algo hemos mencionado en la primera parte–. Tal vez sea éste el camino analítico a seguir si se quiere responder la pregunta planteada.

Y si no es una ciencia, ¿cómo encaja la epistemología en este asunto? Dijimos que la medicina no es una ciencia, y sin embargo proponemos analizarla desde la epistemología. Que la medicina no sea una ciencia en sí misma sino una práctica destinada al cuidado de la salud humana, no se contradice con el hecho de que muchos de sus fundamentos se apoyen en el conocimiento científico, y esto la hace abordable desde la epistemología. Por otro lado, el discurso médico se transforma con frecuencia en validador (en el nivel social) del conocimiento proveniente de las ciencias. El análisis de ciertos aspectos de la medicina desde el punto de vista de la epistemología ha resultado ser fecundo y revelador. En el siguiente apartado daremos un ejemplo de ello al mencionar la crisis de paradigma científico en psiquiatría.

La crisis de paradigma científico en psiquiatría

Georges Lantèri-Laura ha desarrollado una concepción de la historia de la psiquiatría, que toma el concepto de paradigma científico propuesto por Thomas Kuhn para luego componer una periodización que comienza a fines del siglo XVIII, es decir, con el nacimiento de la disciplina como especialidad médica y que culmina, provisoriamente, alrededor de 1980.

Sin entrar en los detalles, sólo mencionaremos al pasar los tres paradigmas definidos por el mencionado autor: el paradigma de la alienación mental (1800-1850), el paradigma de las enfermedades mentales (1850-1926), y el paradigma de las grandes estructuras psicopatológicas

(1926-1980). Este último hace crisis hacia finales de la década del '70 del siglo XX, desembocando en el estado de crisis paradigmática que caracteriza a la psiquiatría contemporánea (32, 33). En pocas palabras, esto significa que no existe consenso suficiente en la comunidad científica sobre los ejes centrales de la especialidad. Ni en el área nosológica, ni en el terreno terapéutico. Y más aún, tampoco en la definición de las fronteras de la psiquiatría como disciplina.

En este contexto de crisis pareciera vislumbrarse una propuesta de paradigma proveniente de la biomedicina. No se trata de una propuesta explícita, sino más bien de una tendencia que puede caracterizarse a partir de un análisis global, desde una perspectiva histórica, del terreno de la psiquiatría contemporánea y de sus actores protagónicos. Es así como Juan Carlos Stagnaro, a mediados de la década del '90 (33), diagnostica este paradigma en ciernes y lo define como apoyado en “una tríada de proposiciones articuladas entre sí” (*op. cit.*):

1. Identificación objetiva y categorial de los trastornos mentales por vía de una descripción “a-teórica”, como propone el DSM-IV;
2. Progresiva correlación biunívoca entre cada trastorno y su fisiopatología cerebral;
3. Correlación entre dicha fisiopatología y su corrección farmacológica, combinada con psicoterapia cognitivo-comportamental.

A pesar de que este planteo no goza del consenso mayoritario de los psiquiatras ya que su coherencia interna es más que discutible, se presenta en público como una opción de gran potencia. Creemos que tal fenómeno se debe básicamente a factores externos a la disciplina. “En ese sentido podría apuntarse que el peso cultural de algunos centros de investigación del hemisferio norte y, particularmente de algunas universidades norteamericanas; la influencia de la industria farmacéutica; la caída del Estado benefactor; el crecimiento de los Servicios Gerenciados de Salud y cambios en las modas y hábitos culturales y en la subjetividad de la población, estuvieron entre los principales factores que abonaron el terreno para darle el sustento del que goza actualmente el modelo biomédico en psiquiatría” (*op. cit.*).

Lo anterior debe entenderse tan sólo como una *propuesta*, no formulada explícitamente. Por lo demás, la psiquiatría del siglo XXI continúa en plena crisis de paradigma científico, si se la analiza desde la perspectiva kuhniana.

La medicina basada en la evidencia (MBE)⁸

La MBE es una corriente médica nacida en la Universidad de McMaster (Ontario, Canadá) en la década de 1980 (31), que propone complementar el juicio clínico individual con resultados obtenidos en ensayos contro-

7- En este apartado hablamos de medicina y de psiquiatría indistintamente, apoyándonos en la suposición de que lo que se diga de una, en relación a su estatuto científico, vale para la otra.

8- Tomo, para este apartado, los dos párrafos iniciales de un trabajo aún no publicado, del año 2004, escrito en colaboración entre Martín Nemirovsky y quien esto escribe, que lleva por título *Controversias en torno del ensayo clínico controlado de psicofármacos*.

lados, pretendiendo lograr así un pensamiento clínico más fundamentado y menos dependiente del observador. Desde una postura tributaria del positivismo, se sostiene que la decisión clínica “debe ser el resultado de un proceso totalmente objetivo y reproducible por diferentes agentes y en diferentes contextos” (9). Los ensayos clínicos controlados (ECC) (y los meta-análisis a partir de ECC) son el principal método aceptado por la MBE para la obtención de “evidencia”. Es tal la importancia que estos ensayos han ido adquiriendo, que constituyen hoy el principal requisito para la aprobación de nuevos fármacos por la *Food and Drug Administration* (FDA) de los EE.UU., la base para confeccionar las guías de tratamiento preparadas por muchas asociaciones profesionales y el sustento de buena parte del material publicado en las revistas especializadas. La propia industria farmacéutica utiliza los resultados obtenidos en ECC como parte de sus argumentos de venta, cuando éstos son favorables. La MBE fue adoptada con entusiasmo creciente tanto por buena parte de la medicina académica como por el sector prestador de servicios de salud, que la consideró una posible aliada en el proceso de disminuir costos. “Se pensaba que la MBE iba a ayudar a eliminar de la práctica médica procedimientos ineficaces y costosos, y que sobre estas bases, uniendo práctica con evidencia, se reducirían los costos en salud” (14). Estos, sin embargo, siguieron aumentando, y la MBE pasó a convertirse en la base del “marketing de la evidencia” (*op. cit.*), queriendo decir con esto que sus resultados comenzaron a ser utilizados como poderosos argumentos de promoción (poderosos en tanto “científicamente válidos”).

La MBE ha impregnado la totalidad de la medicina de las últimas dos décadas. Dos o tres generaciones de médicos ya han sido educadas en este marco, y el agregado “basada en la evidencia” se encuentra en cientos de publicaciones y de actividades en los congresos médicos. También son cada vez más visibles las discusiones sobre sus fundamentos (y sobre las distorsiones de la práctica clínica que ha generado). La discusión tiene diversas aristas, pero en esta oportunidad nos ocuparemos brevemente de una sola de ellas: el aspecto epistemológico.

El término inglés *evidence* se traduce mejor al español como “prueba”, y no como “evidencia”, vocablo este último de mayor peso en nuestra lengua. Esta observación la hace Desviat (9), quien agrega que tal vez quien haya traducido de aquella forma prefiere, precisamente, cargar las tintas.

Ya lo dijimos: la MBE (y su pariente, la Psiquiatría Basada en la Evidencia) es una corriente tributaria del positivismo lógico, toda vez que pretende un conocimiento cierto, objetivo, mensurable y acumulativo. El acento puesto en la observación y en la metodología (en este caso, como diría Jorge Luis Borges, un abuso de la estadística) constituyen la firma en el orillo. La financiación de estos estudios, que proviene mayoritariamente de la industria farmacéutica, termina de develar un meca-

nismo aceitado e interesado de producción de “verdad” científica. Repetimos lo ya dicho en la primera parte: la perspectiva positivista es la que mejor se ajusta a los intereses del capital, en este caso la industria farmacéutica.

Recientes ensayos clínicos financiados por el Estado norteamericano, de mayor tamaño y duración y con un diseño prospectivo, vienen a poner en tela de juicio buena parte del conocimiento derivado de los ensayos clínicos estándar conducidos por la industria (ver, por ejemplo, 27). De esto puede deducirse, entre otras cosas, que el interés de quien financia un estudio clínico puede interferir en la metodología sesgando los resultados.

Cerramos este apartado, por necesidad breve, con la siguiente afirmación: la investigación en el área de la salud (básica, clínica y epidemiológica) es indispensable. No existe ninguna duda al respecto. La pregunta es cómo se diseña, quién lo hace, con qué propósitos y en base a cuál modelo teórico. Desde luego, no da lo mismo cualquier combinación.

Las nosografías en psiquiatría: un pequeño caos babélico

¿Qué significa “histeria” en la psiquiatría de nuestros días? ¿Cómo se conceptualizan los “trastornos” de la personalidad? ¿Es lo mismo hablar de caracteropatías? ¿Qué es el trastorno de pánico? ¿Y la fobia social? ¿Existen, verdaderamente, tantos niños con trastorno por déficit atencional? ¿Qué se entiende en nuestros días por psicopatología? ¿Qué es, en verdad, un “trastorno”?

Empecemos por repetir que no existe observación sin teoría. Este aserto, que nadie discutiría seriamente, queda debilitado frente a la contundencia de nuestra realidad: el DSM-IV (en verdad la saga comienza con el DSM-III) se presenta explícitamente como “a-teórico” (30). Más allá de lo disparatado de semejante pretensión (muchos autores, entre ellos Juan Carlos Stagnaro, han repetido hasta el cansancio que el citado manual tiene un enfoque multiteórico), lo que llama la atención es que se insista, a estas alturas de la civilización humana, con semejante postura. La explicación del fenómeno deberá buscarse, tal vez –y como ya se dijo más arriba– en el potente marriage entre el positivismo y el negocio de la salud: lo simple –en este caso lo simplificado, sin importar que nada quede de su esencia luego de la simplificación– se vende mejor que lo complejo.

Nuestra nosografía actual es incierta, y desde el punto de vista epistemológico revela la mencionada crisis de paradigma⁹. Coexisten, en dulce montón y sin coordinación alguna, la clásica nosografía franco alemana del siglo XIX, el psicoanálisis, los DSM, pero en conjunto lo que predomina es el caos. La mejor prueba de ello es la frecuencia con que se recurre al diagnóstico de “trastorno no especificado”. Según algunas estimaciones, entre el 20 y el 50% de los pacientes evaluados recibe este “diagnóstico” (26, 37). Otro aspecto del caos es el abuso de la

9- Varios autores han dicho, siguiendo el modelo kuhniano, que en épocas de ciencia normal se escriben tratados mientras que en períodos de crisis de paradigma científico predominan los *papers*. El conocimiento es menos estable, pierde actualidad enseguida. No se relee sino que se busca incesantemente el texto (breve) que ilumine un poco más el camino.

noción de comorbilidad (26), que alcanza su apogeo con el DSM-IV (más cifras: el 80% de los individuos con diagnóstico de fobia social tiene un diagnóstico adicional).

Pero nada de esto es motivo para desesperarse. Simplemente nos toca vivir esta época. Como todo gran pensador, Prigogine piensa desde ángulos originales: en su escrito sobre los relojes y las nubes dice que es en las épocas de crisis de paradigma en las que se puede recurrir con mayor facilidad a la creatividad. Es necesario reinventar unas cuantas cosas. No es una mala noticia.

Finalizando, por ahora

Quedan en el tintero, para un futuro trabajo, los siguientes “problemas” que pueden analizarse desde la perspectiva epistemológica: 1) Mente y cuerpo: ¿dualismo o monismo?, 2) La semiología prefarmacológica y su necesaria reformulación¹⁰, 3) Ser o estar en relación a la locura, 4) Cómo conocer lo que le acontece al otro: el problema del lenguaje, 5) Conocimiento y poder en psiquiatría, 6) Nuevas corrientes: la post-psiquiatría y la psiquiatría basada en valores, 7) Lo normal y lo pato-

lógico, 8) La coexistencia de modelos aparentemente contrapuestos: biologicismo, psicologismo, 9) Modelos experimentales en investigación básica en psiquiatría, 10) Subjetividad y psiquiatría.

Los clínicos, dijimos al principio y repetimos en el final, somos seres dobles. Necesitamos certezas para realizar nuestra labor, y nuestra psiquiatría nos provee –a pesar de la dispersión, el caos, las crisis y las polémicas– de un buen número de ellas. En opinión de quien escribe, nuestra herramienta principal, que atraviesa cualquier crisis de paradigma y se mantiene en pie, es el vínculo terapéutico. Tenemos con qué trabajar, para nuestra tranquilidad y la de quienes nos consultan.

Pero luego de las certezas, antes y después del acto clínico, necesitamos dejarnos rodear por la incertidumbre. Somos peces en una pecera y sólo vemos lo que nuestro marco paradigmático nos permite. Pero de vez en cuando, sobre todo en épocas de crisis, algo se puede vislumbrar en el más allá del paradigma en decadencia. Y la incertidumbre, en conjunto con la reflexión colectiva, constituyen el punto elevado, el atalaya, que nos permite, con un poco de suerte, volver a casa con novedades. ■

Referencias bibliográficas

1. Canguilhem G. Lo normal y lo patológico. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2009.
2. Carli A. La ciencia como herramienta. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2008.
3. Carr EH (1961). ¿Qué es la historia? Barcelona, Editorial Ariel, 1983.
4. Conti N. ¿Qué es la ciencia hoy? Una aproximación a la epistemología contemporánea. *Clepios* 1998; 14.
5. Conti N. Análisis histórico y epistemológico de la psiquiatría moderna: terreno social y producción discursiva en los siglos XIX y XIX. *Sinopsis* 2005; 20: 11-13.
6. Conti N. Filosofía y psiquiatría. *Sinopsis* 2008; 40: 17-22.
7. Chalmers A. ¿Qué es esa cosa llamada ciencia? México, Siglo XXI Editores, 1982.
8. Châtelet F. El nacimiento de la historia. México, Siglo XXI Editores, 1999.
9. Desviat M. La decisión clínica: entre la evidencia y las narraciones. *Psiquiatría Pública* 2000; 12 (2).
10. Díaz E. El conocimiento como tecnología del poder. En: La posciencia: el conocimiento científico en las postrimerías de la modernidad. Buenos Aires: Editorial Biblos; 2000.
11. Díaz E. La posciencia: el conocimiento científico en las postrimerías de la modernidad. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2000.
12. Fantin JC. Prejuicio y evidencia, oposiciones y convergencias en la psiquiatría actual. *Vertex* 2007; 18: 35-41.
13. Foucault M. Un diálogo sobre el poder. Buenos Aires, Alianza Editorial, 2008.
14. Healy D. The three faces of the antidepressants: a critical commentary on the clinical-economic context of diagnosis. *J Nerv Ment Dis* 1999; 187 (3): 174-180.
15. Hobsbawm E. La era de la revolución, 1789-1848. Buenos Aires, Crítica, 1997.
16. Klimovsky G. Epistemología y psicoanálisis: problemas de epistemología. Buenos Aires, Ediciones Biebel, 2004.
17. Knorr Cetina K. La fabricación del conocimiento: un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes editorial, 2005.
18. Kreimer P. Estudio preliminar: el conocimiento se fabrica. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? En: Knorr Cetina K. La fabricación del conocimiento: un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes editorial; 2005.
19. Kuhn T. La estructura de las revoluciones científicas. México, FCE, 1971.
20. Lalande A. Vocabulaire technique et critique de la philosophie. Paris (quatorzième édition), Presses Universitaires de France, 1983.
21. Lantèri-Laura G. Ensayo sobre los paradigmas de la psiquiatría moderna. Madrid, Triacastela, 2000.
22. Le Goff J. Pensar la historia: modernidad, presente, progreso. Barcelona, Paidós, 2005.
23. Lecourt D. Dictionnaire d'histoire et philosophie des sciences. Paris, Presses Universitaires de France, 1999.
24. Lecourt D. Dictionnaire de la pensée médicale. Paris, Presses Universitaires de France, 2004.
25. Levin S, Matusevich D, Nemirovsky M. Categoría y dimensión en psiquiatría. *Vertex* 2008; 19: 189-195.
26. Levin S, Nemirovsky M. Controversias en torno del ensayo clínico controlado de psicofármacos (2004, inédito).
27. Lieberman JA, Stroup TS, McEvoy JP, Swartz MS, Rosenheck RA, Perkins DO, et al. Effectiveness of Antipsychotic Drugs in Patients with Chronic Schizophrenia. *N Eng J Med* 2005; 353: 1209-1223.
28. Mari E. Elementos de epistemología comparada. Buenos Aires, Puntosur, 1990.

10- Idea original de J. C. Stagnaro (comunicación personal).

29. Matusevich D. Clasificación y psiquiatría. DSM: el mito de la ateoricidad. Apuntes de investigación del CECYP 2000; 137-145.
30. Potter J. La representación de la realidad: discurso, retórica y construcción social. Barcelona, Paidós, 1998.
31. Sacket DL. Evidence-based medicine: what it is and what it isn't. *Br Med J* 1996; 312: 71-72.
32. Stagnaro JC. Reflexiones para una historiografía de la psiquiatría en la historia de la medicina (trabajo presentado en el panel organizado por el capítulo de Historia de la Psiquiatría en el XIX Congreso de Psiquiatría de la Asociación de Psiquiatras Argentinos (APSA), Mar del Plata, Abril de 2003).
33. Stagnaro JC (1996). Estudio crítico de la crisis paradigmática actual en psiquiatría (trabajo leído en las X Jornadas de la Asociación de Psiquiatría de Córdoba, Argentina).
34. Stagnaro JC. Apuntes de Historia de la Medicina (inédito).
35. Stagnaro JC. Estudio crítico de la crisis paradigmática actual en psiquiatría (trabajo leído en las X Jornadas de la Asociación de Psiquiatras de Córdoba, Argentina, 1996).
36. Veyne P. Foucault, pensamiento y vida. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2009.
37. Westen D, Shedler J, et al. Personality Diagnosis in Adolescence: DSM IV Axis II Diagnosis and an Empirically Derived Alternative. *Am J Psychiatry* 2003; 160: 952-956.